

LA VERDAD

DIARIO MONARQUICO.

AÑO IV.

PRECIOS DE SUSCRICION.—Santander: un mes, 1 peseta 75 céntimos; tres meses, 4*50.—En el resto de España: tres meses, 5 pesetas.—Extranjero: seis meses, 20 idem.—Antillas Españolas: seis idem, 25 idem.—Repúblicas hispano-americanas: un año, 50 idem.—PAGO ADELANTADO.

SANTANDER

Miércoles 10 de Noviembre de 1886.

PRECIOS DE ANUNCIOS.—Primera plana y gaceti-lla, 0*25 céntimos de peseta línea.—Tercera plana, 10 idem de idem.—Cuarta plana, 5 idem de idem.—Comunicados, 0*25 idem de idem línea.—Papeletas de defun-cion, 5 pesetas.—Rebaja proporcionada al número de inserciones.

NUM. 1.138.

Se suscribe en la Administracion, Santander, calle del Puente, número 16, y en las principales librerías del reino.

El pago de las suscripciones será adelantado, remitiendo su importe en libranzas del Giro mú-tuo ó en sellos de comunicaciones por carta certificada dirigida al Administrador del periódico, calle del Puente, número 16.

Boletín Religioso

Santo de hoy.—San Andrés Avelino, cf. y abogado de las muertes repentinas en Segovia Ntra. Sra. de la Fuencisla.

¡TE DEUM LAUDAMUS!

¡Te Dominum confitemur!

¡Te aeternum Patrem omnis terra vene-ratur!

Este hermosísimo himno de alabanza y grati-tud, que ayer resonó en Madrid al saberse que D. Jaime estaba fuera de peligro, cunde, se aji-ganta, y ya sube al cielo desde todos los ámbitos de España, trocados los angustiosos ruegos en universal acción de gracias, el temor en esperan-za, el anhelo y el dolor en ardiente entusiasmo y júbilo indecible.

¡Gloria á Dios que nos ha escuchado! Gloria á Dios que se ha compadecido de nosotros!

No que jamás pudiera amenazarnos el peligro horrible que *El Imparcial* se complacia en poner delante de nuestros ojos, cuando mayor angustia oprimía nuestro corazón: eso no puede suceder nunca, eso no sucederá jamás, ántes vol-verán atrás los ríos y se juntará la tierra con el cielo.

No: hay abismos insondables que todas las fuerzas humanas no pueden franquear. Nunca en España el derecho y la justicia estarán en la Re-volucion, aunque perezcan y se extingan todas las líneas y todas las ramas que el odio sectario de *El Imparcial* quisiera ver destruidas y des-hechas. Para decir eso es preciso desconocer los fundamentos esenciales de nuestro derecho tradi-cional, de nuestra constitucion secular, no escri-ta por el capricho de un partido en unas hojas de papel, sino trazada é impuesta por la Provi-dencia de Dios á través de los siglos. Para decir eso es preciso ignorar que todos los derechos pueden perderse, hasta la patria potestad; es pre-ciso no saber que el principio fundamental del derecho tradicional español es la fé católica, y que quien quebrantare y representare la concul-cacion de ese principio, es incapaz de ejercitar los derechos que *El Imparcial* sueña en adju-dicarle, destruyendo líneas y ramas que, por la misericordia de Dios, existen aún prósperas y vi-gorosas.

No, eso nunca, eso jamás. Ni por matrimo-nios imposibles, ni por conciliaciones y transac-

ciones abominables, ni por herencias que serian inútiles, porque no siempre el heredero tiene capacidad para heredar.

No; jamás hemos corrido ni podemos correr ese peligro horrendo, espantoso, que, á ser posi-ble, sería el mayor de los males imaginables.

Pero hemos corrido el inmenso peligro de perder un Príncipe de diez y seis años, único hi-jo varon de D. Carlos, inteligente, virtuoso, educado ya por maestros sapientísimos para cum-plir el altísimo destino que Dios le ha dado. Y al recibir de una parte, los telegramas en que nos comunicaban su gravísima enfermedad, y nos ha-cian temer su agonía, y en algunos de ellos su muerte, y al ver, de otra parte, á las muchedum-bres cristianas, y entre ellas á tantas almas santas orando sin cesar y haciendo penitencias y cla-mando al cielo por la salvacion del Príncipe, pen-sábamos con temor que quizá en aquellos instan-tes se estaba decidiendo en el tribunal del Juez Su-premo, justísimamente airado por nuestras culpas la suerte futura de España.

¡Gloria una y mil veces á Dios, que se dignó deponer el rigor de su justicia, y sólo quiso acor-darse de sus misericordias!

Nuestra esperanza debe ser ahora mu y gran-de. Dios nos ha escuchado; sigamos pidiendo, que si no correspondemos mal á sus beneficios, nos seguirá oyendo. Todos le hemos pedido la vida de D. Jaime, si convenia á la gloria de Dios, al bien del Príncipe y de la patria; y pues ha atendido á nuestras plegarias, bien podemos creer, bien podemos esperar que la salud del Prín-cipe es prenda de la salud de la patria, para ma-yor gloria de Dios.

Pasados los tremendos días en que el Príncipe ha estado entre la vida y la muerte, y nosotros angustiados entre el temor y la esperanza, ale-grémonos del bien inmenso que Dios ha sacado de estas horas de dolor y agonía: las oraciones, las penitencias, el fervor del pueblo por la salud del Príncipe, son un nuevo, estrechísimo lazo entre el Príncipe y el pueblo, que Dios colmará de gracias y bendiciones.

Un hombre joven, robusto y fuerte, hijo de cien reyes, decidido á mantener incólumes nues-tros grandes principios tradicionales, es una fuer-za inmensa, es una esperanza segura que no tienen y nos envidian los demas pueblos y los partidos católicos del resto del mundo. Pero ese hombre con un hijo de diez y seis años al lado, es una fuerza inmensa y una esperanza segura y asegu-

rada, con el auxilio de Dios, para hoy y para mañana y siempre, para esta generacion y para las generaciones venideras.

¡Gloria á Dios, que se ha dignado oírnos, y no nos ha quitado ese bien, hoy mas nuestro que nunca, porque nuestras oraciones lo han arran-cado á la misericordia de Dios!

Somos flacos, vivimos en un ambiente enve-nenado, y sin querer estamos respirando en el aire que nos rodea la ponzoña de que se nutre la actual sociedad. Aun los que más firmes quere-mos ser, y más prevenidos estamos contra los peligros que nos rodean, quizá blandecemos algu-na vez, quizá alguna vez cedemos, quizá, por lo ménos, perdemos ánimos y bríos, ó callamos cuando debemos hablar, ó no aprovechamos bien todas las ocasiones de acometer, y no nos sacri-ficamos bastante ó no hacemos todo lo que po-demos por conservar intacta, íntegra y pura esta santa verdad, esta inmaculada bandera que con la gracia de Dios sostenemos y sustentamos.

Sea este aviso que Dios clemente y misericor-dioso nos ha dado, estímulo que nos despierte y anime á trabajar con más decision, á pelear con más denuedo, á purificar nuestras ideas, á aqui-latar mejor nuestras acciones, á ser más intran-sigentes con el error y el mal, á sustentar con más pureza la verdad, toda la verdad, y solo la verdad, como nuestros gloriosos antepasados, que no sequearon nunca hasta expulsar y raer de España el último rastro del error, el cisma y la herejía.

¡Adelante, tradicionalistas españoles! Si Dios está con nosotros, ¿quién contra nosotros?

¡Adelante, adelante, adelante, dando gloria á Dios que ha tenido misericordia de nosotros!

(De *El Siglo Futuro*.)

LA VERDAD

Santander 10 de Noviembre de 1886.

Pisto político

Juicio que hacen los periódicos conserva-dores de los discursos pronunciados por los prohombres izquierdistas.

Del discurso del Sr. Becerra:

«El Sr. Becerra, sin querer amenazar, segun ha dicho, ha consignado una declaracion que es peor que una amenaza al afirmar que si la iz-

quierda era desatendida ó postergada y se tratara de atacarla en su dignidad, tomaria el camino que el ultraje exigiera.

«Es así como debe presentarse un aspirante á la participacion del poder?

«Pues esto es lo que se ha censurado hoy en todas partes.»

Diremos á V. *Estandarte*.

Entre liberales es cosa corriente, cuando se trata de alcanzar un beneficio, el andarse al principio con zalamerías y adulaciones.

Pero si estos recursos no alcanzan para conseguir lo que se pide, se emplea el de las amenazas, que suele dar excelentes re-sultados.

¿Ya no se acuerda *El Estandarte* de aque-llo de las *inexpertas prerogativas*, que tanto ruido dió en ocasion en que Sagasta dirigia el cotarro, y los conservadores am-bicionaban subir al poder?

Pues no censure tanto al Sr. Becerra que, ya que no otros, tiene el mérito no pequeño de la franqueza.

Y lo que Becerra dice, lo están sintiendo todos ó casi todos los liberales partidarios de esta dinastía.

Solo que se callan, y si amenazan es va-liéndose de indirectas y medias palabras.

Que es el sistema conservador.

Del discurso del Sr. Lopez Dominguez:

«El general Lopez Dominguez, que tiene muchas condiciones de hombre de Estado, ha sa-bido limitar su discurso sin salir de una prudente reserva: que ya que nada dijo clara y explícita-mente sobre asunto que debiera ser lo principal en el discurso de un jefe de partido, tampoco se ha espuesto, como el Sr. Becerra, á recibir el aplauso de los republicanos.»

¿Qué habia de decir Lopez Dominguez despues de lo que dijo Becerra?

La izquierda tiene miel y hiel.

Lopez Dominguez es el depositario de la miel.

Y Becerra de la hiel.

Lo malo es que la miel de Lopez Domin-guez es poco dulce.

Y la hiel de Becerra demasiado amarga.

Dice *El Correo*, fabricante y panadero de opinion:

«Estamos hoy perdidos los fabricantes y pana-deros de opinion, porque la gente no tiene el mejor humor para noticias cuando llueve como hoy ha llovido, y todo se reduce á cuidar de pa-

-227-

redar á nadie. Que haga mi testamento el día de tu matrimonio ó mas tarde, lo que tengo ha de ser para tí.

—Pero y vos, abuelita?

—Yo? No pases pena... Si mi presencia no os molestase os pediría que me tuviérais á vuestro lado. Disfrutaria al ver vuestra mútua ternura y vuestra felicidad que habria sido obra mia.

—Abuelita, sé que eres buena, y te amo tam-bien.

—En fin, si no se realizan mis votos es por un escrúpulo de delicadeza que te detiene; no tengo sin embargo derecho á condenarte.

—Sí, mejor quisiera que Armanda fuera pobre y no tuviera mas dote que mi inclinacion; al mé-nos no tendria este asunto el aspecto de un mer-cado.

—Podrá pensar álguien en echártelo en cara?

—Ya me han amenazado con no recibirme más.

—No esperes desarmar la envidia. Siempre sale á relucir cuando se contrae una union bri-lante. Siempre habrá gentes que tendrán gusto

-226-

degenera cuando se busca en una familia despres-tigiada una mujer sin educacion y sin buenas cos-tumbres. Al entrar en una casa una joven bien educada, toma de ella el espíritu, los principios y la dignidad; se ennoblece.

—Nunca deja de ser plebeya... y además es rica.

—Seria verdaderamente una desgracia que es-tuviera sin fortuna. Bastante es hallarse privada de las ventajas del nacimiento.

—Quiero decir, abuelita, que su dote es exce-sivo en comparacion con lo que tengo. Aquí está el principal obstáculo.

—Tu nombre, tu familia, tu condado, ofrecen compensacion suficiente. Por otra parte, no eres pobre. Tienes palacio, quinta, tierras.

—Debo mucho.

—Bah! qué es lo que debes? Y luego, mi viu-dad te pertenecerá. Yo me encargo de tus acreedores.

—No consentiré, abuelita, que os quedeis sin nada por mí.

—No tengo mas hijos que tú; no he de deshe-

-223-

las mujeres de hoy, y cómo saben amar? En la edad de la ignorancia y de las ilusiones, cuántas jóvenes hay que elijan sus esposos y sobrepujen, para permanecer constantes, el más débil obs-táculo? Clara te amaba desde la cuna; dijéronla un día: Olvida á Teódulo y dá tu mano á Ti-burcio. Obedeció, no digo que sin violencia de su corazon, pero sin repugnancia, casi con a'egría. Verdad es que tiene un corazon excelente y hará la felicidad de su marido. Pertenece á su siglo, hé ahí todo. Es excesivamente corto el número de las mujeres que arrostrarían el menor sufrimiento por el amor de sus maridos. La virtud de la mayor parte consiste en no ser peligrosamente atacada. Me recuerda la resignacion de las orientales. Ha sido estrangulado el sultan; su sucesor se casa con todas sus mujeres y nada alte-ra el órden del serrallo... No es así como Su-sava me amaba; me hubiera sido fiel á costa de su vida. No murió sino por salvarme, y fui inun-dado de su sangre que derramó por impedir que corriera la mia.

LOS AMIGOS DEL PUEBLO.—T. IV. 38

